

EL MORIR COMO ACONTECER HUMANO

Sara López ESCALONA

Universidad Católica de Chile

ABSTRACT

DEATH AS A HUMAN ACT

The present essay is a philosophic-existential study about death. This study presents the author's thoughts on the subject: doubts, fears and achievements connected to this inevitable human act.

Death is approached from two specific perspectives, which somehow have affected the treatment of the subject. The first perspective considers time-and-space, that of Latin America, particularly Chile in 1989; the second one is a feminine viewpoint.

The essay approaches the subject from a reader-text dialogical standpoint. Its main aim is to confront each reader with his/her specific feelings about death.

RESUMEN

EL MORIR COMO ACONTECER HUMANO

El presente ensayo es una reflexión filosófica-existencial sobre el tema de la muerte. El discurrir sobre ella entrega el pensamiento de la autora, quien pretende plantear y compartir: dudas, temores y logros frente a una realidad que aparece como ineludible para el hombre.

El tema está pensado desde perspectivas específicas, que sin duda, de alguna manera han condicionado su desarrollo: una perspectiva es la espacio-temporal, América Latina, Chile concretamente en el año 1989; la otra se refiere a la visión femenina sobre el morir.

Con el texto se intenta favorecer un diálogo con el lector, pero por sobre todo enfrentar a cada persona con su peculiar forma de vivir y sentir la muerte.

El tema de la muerte adquiere connotaciones muy específicas desde una perspectiva antropológica. El término -y el morir lo es- se tiñe de modalidades trágicas sólo en su referencia al hombre. No es la finitud en sí, sino ella referida al ser personal, la que produce intranquilidad. No se da la indiferencia ante la muerte, no se le acepta resignadamente. Algo hace que su aparecer estremezca hasta lo más íntimo de la existencia.

No vive seriamente quien no se plantea reflexivamente el tema; pues éste tiene una incidencia cierta y radical en la vida humana. La muerte es para el hombre una situación límite.

“...hay situaciones por su esencia permanentes, aún cuando se altere su apariencia momentánea y se cubra de un velo su poder sobrecogedor; no puedo menos de morir, ni de padecer, ni de luchar, estoy sometido al acaso, me hundo inevitablemente en la culpa. Estas situaciones fundamentales de nuestra existencia las llamamos situaciones límites”.

(Jaspers, K., 1965: 10)

Una suerte de inanición se apodera del hombre frente a esta realidad, pues se tiene conciencia de que en relación a ella nada puede ser cambiado: ni el tiempo, ni las circunstancias, ni su acercamiento paulatino, certero, irremediable.

“donde quiera que esteis os alcanzará la muerte”

(Corán, 4.80:4)

La aproximación puramente filosófica frente al tema no es muy clarificadora y en absoluto consoladora, pero sí necesaria.

“La filosofía no puede ni debe dar fe; su tarea es comprenderse a sí misma, saber qué ofrece; de ninguna manera debe ocultar, ni, sobre todo escamotear una cosa como si fuese una nadería”.

(Kierkegaard, 1968: 12)

La muerte reclama un sentido y justificación, reclama por sobre todo una realidad futura que nos permita aceptarla; una metavida que plenifique el existir; y esta línea de búsqueda-encuentro, se descubre y entrega en un ámbito diferente del filosófico. En este sentido la muerte aparece como una realidad remitente; ella engendra rebeldías, nostalgias, y exigencias, altamente fecundas desde una perspectiva humana.

Siendo la muerte una realidad inexorable es necesario asumirla con actitud personal, ponerle -como a la vida- sello propio. Marcar desde nuestro ser personal su llegada, otorgarle dimensión y sentido. Frente a ella, tenemos sólo esa posibilidad: darle significación a nuestra muerte, adjudicarle desde nuestra precaria existencia una razón de ser. Esto requiere averiguar previamente el tema, plantearlo existencialmente y urgir por respuestas.

Tanto la vida como la muerte necesitan de una actitud personal en la que se adapte una postura que selle originalmente a quien la asume, esto significa que, tanto el presente como el futuro adquieren una modalidad específica, un ritmo propio, una orientación definida cuando reconocemos y vivimos determinadas opciones valóricas.

Una reflexión sobre la muerte nos lleva al planteamiento de su consistencia. La existencia de ella no tiene cuestionamiento. Su realidad se patentiza con una frecuencia más usual de la que deseáramos.

“Ya sabes que esta es la Suerte común: todo cuando vive debe morir, cruzando por la vida hacia la eternidad”.

(Shakespeare; 1951: 20).

No morimos de una vez y para siempre, cada instante vivido nos hace morir. Tiempo y muerte se encuentran internamente

unidos, aquel opera como realidad dinámica que acerca el morir. Algo en nosotros muere en cada momento. Morimos día a día en nuestro proceso paulatino y progresivo de limitaciones. La realidad deja de ser aprehendida con la misma fuerza y vivencia que antes. El mundo se nos aleja: dejamos de ver, de oír, de sentir; de alguna manera, la realidad se nos escapa y nos resulta imposible retenerla con exactitud y entusiasmo como en otras etapas de la vida.

Morir, es sin duda, dejar de ser lo que en la actualidad somos.

“Morir significa terminar un camino y liquidar el estado pasajero de nuestra existencia”.

(Pieper, J. 1977:16)

Con la muerte se rompen los vínculos que a la realidad nos atan.

Se da una creencia, bastante generalizada en la historia de la cultura occidental, que considera a la muerte como una etapa mejor y más perfecta de la vida; por la muerte se lograría el acceso a una forma superior de ser. El creer que después de esta vida se establecería una manera de existir mejor, no es sola mente religiosa, sino que también se da en el plano filosófico, prueba de ellos se encuentra claramente expresada por Platón en el Fedón

“...hay una gran esperanza de que, una vez llegado donde me encamino, se adquirirá plenamente allí, más que en ninguna otra parte, aquello por lo que tanto nos hemos afanado en nuestra vida pasada; de suerte que el viaje que ahora se me ha ordenado se presenta unido a una buena esperanza...”

(Platón, 67: 17)

La muerte afecta por igual a todos los seres vivos. Es en términos científicos, una certeza verificable, sin embargo, esta persistente y rítmica presencia no deja de afectarnos y sorprendernos. Parece como si no pudiéramos aceptar del todo que esté ahí, tenaz e imparable en una espera no evitable.

Tenemos una natural resistencia a morir.

“...visto desde el hombre, en la muerte sucede algo así como un corte absurdo, algo que va contra todas las tendencias del ser humano y en especial contra las de su conciencia: y en este sentido, algo que no sólo no es natural, que no es claramente antinatural”.

(Pieper, J. 1977:)

La lógica nos debería llevar -sin creencias justificadoras- a desear la muerte; puesto que con frecuencia reconocemos la infelicidad en esta vida. “Los hombres mueren y no son felices” afirma Camus en “Calígula”.

Sin embargo, no deseamos con frecuencia y realmente morir, porque con la muerte se van nuestras únicas certeza y adquisiciones, con ella termina nuestro mundo, nuestras posibilidades. Termina todo, y terminamos del todo -como yo personal- para todo.

Es curioso que no se den con mucha frecuencia, momentos de la vida en que “naturalmente” se desee más la muerte.

Los ancianos, contra lo que pudiera esperarse, añoran la vida pasada y desean vivir.

“Y son amantes de la vida, y más hacia su último día, porque el deseo tiene por objeto lo que no está o no se tiene, y aquello de que se carece se apetece más”

(Aristóteles, 1964: 1)

No es la muerte en sí la que se les presenta como atrayente, sino que la medrada existencia, que por condiciones fisiológicas les toca sobrellevar, hace que su nostalgia de la vida, de una vida plena, los mueva a querer dejar esa peculiar forma de vida que no los convence.

La muerte aparece como negación de la vida. Vida y muerte aparentemente no se concilian, sin embargo, la muerte - paradójicamente-se vincula fuertemente a la vida, ésta condiciona y es condicionada por la muerte; si ella, es considerada como término se plantea el problema de cómo vivir, cómo aprovechar la vida o qué hacer con ella, puesto que se ofrece como realidad única. Una

creencia en este sentido puede afincar toda esperanza en esta vida, llegando a un vitalismo que exija del instante, una posibilidad total, plena, y única de entrega.

“El temor de morirnos, de morirnos de todo, nos hace apegarnos a la vida y la esperanza de vivir otra vida nos hace aborrecer ésta”

(Unamuno, 1964: 22)

La muerte aparece como una realidad ambigua, ya que muchas veces se ve la vida como muerte y esta como plenitud de la vida.

“Quien sabe si la vida no será una muerte y lo que llamamos muerte la vida de ultratumba”.

(Eurípides, 150 :8)

La muerte o mejor la forma de muerte parece guardar estrecha relación a como se ha vivido. La expresión popular “murió como merecía”, parece señalar que en el morir, culmina el estilo con que se ha afrontado la existencia, y que esta culminación es consecuente. “Ese hombre había vivido para sí: como castigo severo y merecido, nadie había ido a cerrarle los ojos en su lecho de muerte”. (Sartre, J. 1969:19).

Desde un enfoque racional, la muerte tiene una explicación clara, se produce por la separación de dos realidades esencialmente unidas en el ser personal: cuerpo-espíritu.

“Y no se da el nombre de muerte, a eso precisamente, al desligamiento y separación del alma con el cuerpo”.

(Platón, 1977: 17)

Esto que podría ser tomado como una definición, resulta tan preciso como insuficiente. Se puede aceptar que la materialidad por constitución ontológica esté llamada al término y descomposición, se puede entender la permanencia del espíritu por razón también de su constitución, pero cómo admitir la peculiar consistencia del hombre y conciliarla con el término? cómo permanecer?. La separación de estas realidades marcan un término a la existencia, y algo en nosotros reclama el existir o se resiste a dejar de ser. Qué realidad incide con más fuerza en el morir? La materia con su cansancio y desgaste en

el tiempo?. La potencia del espíritu que la informa? Qué pasa con esta realidad poderosa por la que nos definimos como humanos?.

La sola persistencia del espíritu, realidad que tiene en la historia de la cultura primacía y prioridad, no justifica ni consuela el hecho de morir.

Desde un enfoque de la filosofía clásica, la muerte es una disociación, una separación de dos realidades esencialmente referidas y unidas. Su separación, portanto, supone violencia ya que naturalmente están llamadas a constituir en unión, a un ser. “la muerte constituye un fin para el hombre entero” (Rahner Karl. 1961: 18).

Con la muerte este ser termina. La expresión término no puede ser rechazada, pues indiscutiblemente al morir, una forma de vida, una modalidad de existencia termina y con ello el ser personal deja de ser lo que era. Este hecho es, desde la filosofía, irrefutable. Otras áreas del saber pueden relativizar la expresión y aún justificarla en función de otra salida.

Esta dicotomía entre cuerpo y espíritu parece proyectarse en una vivencia confusa y dolorosa, frente a la realidad de la muerte.

Cuestionar la función o papel del cuerpo al morir equivale a plantearse cómo opera en la muerte. En la vida ha sido rostro expresivo y decidor del yo; nos ha permitido la patencia de la acción, se ha mostrado con el dinamismo propio de la vida; ha ofrecido resistencia a la realidad. La muerte parece iniciarse con una retirada progresiva del cuerpo. Morimos cuando por alguna razón, o sin razón, nos desvinculamos del mundo y de los otros. La fuerza vinculativa al otro, o del otro a nosotros, parece tener un misterioso papel en el morir. El amor de alguna manera alimenta la existencia y la retiene. La muerte es la entrega impotente y resignada del cuerpo; en ella se establece una lucha desigual entre una materia desgastada, impotente en su destrucción y el deseo de vivir, condicionado por esa misma materia. La muerte se instala cuando se abandona la lucha, por eso el proceso previo a ella se denomina agonía; ésta no sólo es lucha sino también aflicción. La agonía dice referencia a término y al sufrimiento

por él. Es curioso que su sinónimo sea angustia: aflicción extrema.

“Es una cosa que me extraña como puede haber personas a quienes no conmueva y agite y desazone la idea del aniquilamiento, que crean fríamente en él y vivan, o que vivan sin pensar que han de morir”

(Unamuno, 1970: 22)

Al momento de morir el cuerpo pierde su fuerza, hace una entrega de sí, no puede luchar con eficacia porque la energía lo abandona, desiste pasivamente de la vida. En la muerte se presenta una lucha desleal que tiene a su favor el tiempo: un tiempo oportuno y preciso, un tiempo implacable que favorece, procura y hace posible su llegada. La flaqueza y desaliento del hombre nada pueden en ese momento. La muerte se adueña de la vida, ayudada por un cuerpo que no puede resistir, y finalmente se entrega.

En la muerte parecen culminar todas nuestras incapacidades y límites.

“En la muerte, como un océano, vienen a confluír nuestras disminuciones bruscas o graduales. La muerte es el resumen y la consumación de todas nuestras disminuciones...”

(Chardin, T. 1965: 5)

Toda nuestra impotencia y miseria adquieren en ella su más clara y específica patencia: somos radicalmente término; caminamos a la destrucción de nuestra actual forma de ser.

Al morir se produce una desproporción entre las energías irradiadas por el cuerpo, y el espíritu; éste deviene en un dinamismo que en un momento dado, el cuerpo no puede seguir. El quedarse atrás es ya morir. Aquí es posible toda una reflexión de orden ascético en torno a la necesidad de procurar, en el diario vivir, el ritmo del espíritu, reflexión que llevará a la desesperanza, por cuanto su ritmo difiere radicalmente del que es capaz de mantener el cuerpo.

La muerte aparece como un tema de radical importancia para la existencia humana y por ello es necesario plantearse para saber con qué expectativas, dudas, inquietudes o esperanzas nos enfrentamos a él. Asumir la muerte como realidad supone tener postura ante ella; establecer o aclarar creencias, aceptar los límites y posibilidades que nos ofrece y por sobre todo, intentar vivir en conformidad a lo que sentimos verdad en relación a ella. La vida se transforma así en una etapa consciente de preparación para la muerte, y en este sentido fue entendida por Platón y otros pensadores. De esta manera, se vinculan muerte y educación. Una misión intransferible de ésta es: enseñar a vivir y preparar para morir, asumiendo el morir diario de un deterioro normal y rechazando las formas de muerte que restan humanidad. Si la educación es vida, crecimiento cualificado en una línea de perfección se puede afirmar, analógicamente, que al decrecer, al menguar en forma perfecta o al impedir, o no procurar la perfección de otros, comenzamos a ser acosados por la muerte y a pactar con ella. Podemos dejarnos morir o permitir que otros mueran si la existencia no deviene perfectamente, si no es impulsada a un ser más y mejor. La lucha contra la muerte se transforma en este ámbito, en bregar en favor de la vida de nuestra vida en primer lugar; "la vida misma es para mí instinto de crecimiento, de duración, de acumulación de fuerzas, de poder: donde falta la voluntad de poder hay decadencia" (Nietzsche, 1981: 30).

Somos demasiado pudorosos y mezquinos con las exigencias vitales. Necesitamos mayor preocupación por la vida para que, teniéndola plena y sabiéndola gozar, podamos entusiasmar a otros con ella y convencer que, la tarea de hacernos la vida es difícil, pero posible; y que este hacer significa crear un clima, unas circunstancias que nos permitan vivir con calidad.

Es diferente morir, porque nos viene la muerte, que dejarnos morir, y morir es no procurar vivir más plenamente y ayudar a que otros alcancen una posibilidad similar.

La muerte tiene un papel positivo en relación a la vida; nos urge a valorar el presente, a vivir con generosidad y a otorgar

dimensión adecuada a los hechos. “La embriaguez de la muerte llega con la verdad: esto es aquello de lo que te alejabas”.

(Corán, 50,18: 4).

Las realidades cotidianas se tornan sorpresivamente ricas desde una perspectiva de término. La muerte otorga una especial sabiduría; mediante la cual se logra relativizar ciertas realidades, y a la vez absolutizar otras, reconociéndoles una consistencia de la que antes no nos habíamos percatado. Cuando se ha tenido la experiencia de una posibilidad cercana y real de muerte, toda la existencia adquiere valoraciones insospechadas. Lo cotidiano y rutinario se hace inédito; aprendemos a descubrir la belleza, y a reconocer su sentido y valor.

El término o su posibilidad, condiciona fuertemente el actuar. No se ama igualmente imaginando un tiempo dilatado que teniendo la concreción de un momento, o la sospecha dolorosa de perder a alguien del todo y para siempre. “...la consideración de la muerte del ser amado prevalece infinitamente sobre la de la muerte propia”. (Marcel, G. 1971: 13).

La muerte plantea también el sentido de la existencia y la necesidad de justificarla con hechos significativos. Temas de profunda raigambre existencial interpelan fuertemente en relación al morir: la inmortalidad, supervivencia, opciones valóricas, existencia y forma de otra vida, realidades que justifican el vivir o el morir, etc.

“Mejor es ir a casa en luto que ir a casa en fiesta, porque aquél es el fin de todo hombre, y el que vive reflexiona”.

(Eclasiastés 7,2: 6)

La muerte es una realidad luminosa¹ que lleva a la reflexión. Frente a ella aparecen los por qué y para qué esenciales, nos posibilita la interrogación, pero el cuestionar la vida es una manera de ganar la angustia. Los por qué verdaderamente esenciales no encuentran respuesta adecuada. Están ahí. Acosan y nos instalan en la desolación e inquietud.

“Puesto que el vivir, a veces, es un ejercicio de valentía”
(SENECA 1943: 21)

En la experiencia de la muerte el hombre se percata de la contingencia y se hace lúcido; rompe con la fascinación de lo diario, quiebra el entusiasmo por determinadas cosas, puede entusiasmarse con todo: redescubre el mundo, mira de otra forma porque ha sido iluminado con luz distinta, desde una zona hasta ahora desconocida.

La muerte establece una peculiar fraternidad entre los hombres “Allí son iguales grandes y pequeños” (job 3,19:11) nos nivela en la angustia, en el dolor, en el término. Existo -paradójicamente - vinculativamente al otro en la no existencia.

El encuentro personal tendría diferente densidad, si el planteamiento fuera considerando la responsabilidad que asumo frente al otro, por este pequeño tiempo que se nos concede. Esto lleva también a revisar no sólo la cantidad de tiempo vivido, sino su calidad y nuestro arte en su manejo.

Otro aspecto por considerar es la cuestión de las actitudes ante la muerte. Frente a ella puede darse cierta frivolidad en que la realidad de morir se tome con una suerte de **indiferencia**: con ingenuidad, como un hecho más de la vida. Puede darse también una resignación natural por la que se admite la muerte como algo normal, propio de un ser finito. Una actitud diferente es la **rebeldía** ante lo ignoto y misterioso del morir; la existencia humana se vivencia como insuficiente para tantos afanes y proyectos del hombre, esta rebeldía conduce en ocasiones a un goce indiscriminado de la forma de vida que hoy tenemos. **Con temor** por desconocimiento de lo que supone morir; por entender la muerte como una desvinculación que lleva a la nada; doloroso el dejar y doloroso el llegar; se presiente aquí un término definitivo que el hombre no acepta. Puede darse otro tipo de resignación, que se apoya en creencias religiosas las que confieren una justificación ulterior al morir, resignación que no tiene certezas, pero que libra de la desesperación. Una actitud diferente -y poco frecuente- es la que se muestra como entusiasmo por morir, en ella,

la muerte aparece como posibilidad que abre el paso a una forma más perfecta y plena de ser. Una constante acompaña a todas estas posibles actitudes: ignoro como enfrentaré yo el momento de la muerte.

“Nada más incierto e imprevisible que la reacción de cada hombre ante esa transformación de su subsuelo corporal. Ello vale tanto para el lento proceso del envejecimiento como para la enfermedad que presagia el morir, o abrumba el espíritu en la interminable prolongación del sufrimiento. Frente a la disolución del cuerpo o su indómita rebeldía, puede acometernos la angustia, la desesperación, el embotamiento o la tristeza inconsolable. Pero también puede sobrevenirnos una extraña e inesperada lucidez” (Gandolfo R: 1983: 9).

Este conjunto de actitudes pueden sintetizarse básicamente en tres posturas:

- la que ve la muerte como un mal.
- la que cree ver en ella un bien.
- la indiferencia frente a su existencia.

Esta indiferencia puede ser una forma de evadir su realidad trágica.

La ambigüedad de la muerte se vive también en las actitudes que su realidad suscita: estas actitudes pueden ser radicalmente contradictorias: apego a la vida, fruición de sus posibilidades, entrega generosa y cordial a un mundo que se aparece como “la realidad” o bien: hastío de la existencia, frustración ante sus ofertas, negación de logros que se juzgan insatisfactorios. Tanto el amor desenfrenado a la vida como el odio a ella tienen que ver con nuestra concepción de la muerte.

La visión y actitud frente a la muerte varía según sea la edad y situación de quien la piensa.

“Oh muerte que amargo es tu recuerdo para el hombre que vive en paz entre sus bienes, para el varón desocupado a quien en todo le va bien, y todavía con fuerzas para servirse el alimento.

Oh muerte buena es tu sentencia para el hombre necesitado y carente de fuerzas, para el viejo acabado, ahito de cuidados que se rebela y ha perdido la paciencia”

(Eclesiastico 41, 1-2: 7)

Con frecuencia el anciano la percibe como liberación o culminación natural de una vida ya hecha. La juventud no la piensa como cercana a ella, en cambio el hombre maduro se encuentra en una situación más vulnerable, por cuanto necesita una vida dilatada en la que se cumplan sus aspiraciones, y la muerte aparece como amenaza real, como dilución de la vida.

La razón no entrega clarificación suficiente frente al hecho de morir. Si supiéramos en verdad, es decir calibrando en su debida medida qué dejamos, si vislumbráramos la existencia de otra realidad, su calidad y consistencia, nuestra postura sería diferente, pero ni siquiera tenemos suficiente ponderación de lo que ahora poseemos, desconocemos su exacta realidad y valor. Misteriosamente este valor cambia referido a una posible vida más allá de la muerte. Si tenemos la posibilidad de un mundo mejor estas realidades se relativizan. No es lo mismo tener a esta vida como la única verdad, que saberla realidad mediativa; algo que posibilita el paso a una mejor existencia.

La razón lo que más puede hacer es explicar conceptual y parcialmente la muerte, incluso argumentar su naturalidad y conveniencia - “Para el viviente, el hecho de morir se ha convertido en la condición regular, indispensable, del reemplazo de los individuos, unos por otros, siguiendo el mismo phylum: la muerte; engranaje esencial del mecanismo y de la ascensión de la vida “(Chardin T. 1963:5)-pero nunca hará aceptar o desear la muerte, ni consolará el dolor frente a ella. Se establece así una bifurcación entre el pensar objetivo acerca de la muerte, y la vivencia subjetiva -en que la razón está implícita- de lo que para mi significa, el morir. Con frecuencia frente a ello se especula y se siente en forma dicotómica. Si la filosofía es un hacer propio del hombre deberá intentar un enfoque integral de esta realidad. La mera especulación racional en torno a un acontecer humano es insuficiente; no conduce a nada ni convence a nadie, no

convence vitalmente. La filosofía por honestidad y responsabilidad con el hombre debe tener, o intentar, una visión más comprensiva del acontecer humano.

Es la muerte en sí, como realidad eminentemente trágica, la que invoca nuestra mayor angustia; las situaciones que la enmarcan solamente matizan siempre con dolor, su primigenia realidad. Nunca aparece justificada ni oportuna, pero cuando toca al ser amado, se muestra en su mayor crueldad y es que en esas circunstancias, más que en otras, patentiza la irremediable separación que establece. No es fácil sentirla cordial, cuando nos ha quitado lo que amábamos y nos quedamos sólo con la defensa del olvido.

“No des tu corazón a la tristeza, evítala acordándote del fin.
No lo olvides: no hay retorno a él no le aprovechará, y te harás daño a tí mismo”

(Eclesiástico 38,20-21: 7)

Este complejo sentimiento que acompaña a su presencia, se debe a que la muerte no sólo afecta al presente sino que plantea la incógnita del futuro.

“Quién querría llevar tan duras cargas, gemir y sudar bajo el peso de una vida afanosa, si no fuera por el temor de un algo después de la muerte (esa ignorada región cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno) temor que confunde nuestra voluntad y nos impulsa a soportar aquellos males que nos afligen antes que lanzarnos a otros que desconocemos?”

(Shakespeare 1951: 20).

Frente a él se esperan o suponen consolaciones, que harían más llevaderos los padecimientos de la vida, o se temen castigos por misiones no logradas, o insuficientemente realizadas.

Plantearse las alternativas que puede ofrecer la muerte: el término total o la perspectiva de otra realidad, supone necesariamente asumir el presente con modalidades muy específicas.

No parece terminar todo con la muerte, sino que más bien, algo se anuncia con su llegada. Está vivencia acusa una realidad inquietante para el hombre, pues frente a ella presiente o siente, pero no sabe; y el hombre busca un saber racional, seguro, que le permita despejar misterios. La vida humana no es otra cosa, sino la búsqueda afanosa de realidades y verdades que nos expliquen el aparecer y ser de las cosas.

Frente a situaciones radicales como el morir vale la pena cuestionar qué fronteras aspiramos pasar, qué logros nos aquietan, qué medios utilizamos para acercarnos y conocer lo que nos interesa. Por tradición cultural nuestro ángulo válido de enfoque es la razón, y por ello siempre queremos "entender" -a la manera racional- las cosas; esto implica la necesidad imperiosa de clarificaciones, que suelen explicitarse en definiciones, las que acotan aquello por lo que preguntamos. Pero tenemos la constatación reiterada y evidente de los límites y errores de la razón; esto podría abrirnos a la sospecha de que tal vez otro medio de aproximación -señalado por destacados pensadores con nominaciones diversas, pero que apuntan a una realidad común - podría favorecer un acercamiento diferente y más fructífero. Con frecuencia el sentimiento entrega visiones irrefutables y tal vez no asequibles al conocimiento racional, pero nos empeñamos con lamentable frecuencia en "saber" acerca de realidades que serían más fácilmente abordables, mejor comprendidas desde un enfoque diferente al racional. La muerte es una de ellas, y los sentimientos y actitudes que en el hombre despierta, demuestran una vez más la incapacidad de éste frente al misterio.

Se da una cultura de la muerte; un pensar, hacer y decir, en relación a ella. Un ritual embargado por el dolor la acompaña. La aparición de la muerte estremece los cimientos mismos de la existencia, algo radical es cuestionado por ella: el sentido de la vida, de las posesiones y adhesiones, la fragilidad de lo dado, pero el tiempo juega aquí un papel demoledor; ayuda a olvidar. Después de un inmenso dolor comenzamos nuevamente a justificar la existencia; a buscar motivos para vivir.

En la muerte, más que en ningún otro acontecimiento, el hombre se experimenta como misterio.

Un estado confuso se vive frente a ella. Se intuye la presencia de lo sagrado, sin que el temor y aún horror por el hecho, pueda conciliarse con una atracción a la vez fascinante y repulsiva frente al misterio.

Aún en las culturas más primitivas la muerte inspiraba sentimientos de horror y temor, explicables tanto por las manifestaciones de su aparecer: -aniquilamiento progresivo,- cuanto por el misterio que en relación a su futuro se planteaba.

La necesidad y justificación de la muerte es también un problema cultural; necesitamos de ella como energía, la necesitamos para vivir. Sería impensable o imposible un mundo en que nadie muriera. Ella establece un orden, otorga espacio y posibilidad a la vida.

Es conveniente preguntarse sobre el sentido del rito fúnebre; por el significado gestual que acompaña al morir: llanto, postura, que parece señalar una vuelta al vientre materno; por la sepultación se vuelve a la tierra para procurar el inicio de otro ciclo vital; la muerte nutriendo la vida. El rito tiene una referencia al símbolo, expresa algo, es lenguaje y creencia.

Los muertos habitan un mundo que nos es ajeno y que permanece inaccesible a nuestros deseos. La idea de un lugar distinto para el que muere, persiste en diversas formas culturales, así como la creencia de una vida diferente después de la muerte, en este sentido debe interpretarse la postura fetal en que se encuentran algunos cadáveres, ella significaría la posibilidad de renacer a una vida diferente. El rito de cremación tiene una significación análoga: el viaje del alma hacia una región sagrada.

En la historia de la cultura, se dan ciertas creencias adquiridas y compartidas en relación al hecho de la muerte. Como constantes más significativas se pueden señalar:

- Aparece como universo simbólico de relevante jerarquía en el contexto humano. La muerte no es considerada un

hecho trivial; por el contrario, la existencia individual y comunitaria son conmovidas por su aparecer.

- Se le considera como prospectiva; algo se inicia con ella. Se muestra así como algo que posibilita el acceso a una realidad diferente. En este sentido puede decirse, que es vista como realidad iniciativa más que terminal.
- Existe la opinión generalizada que entrega la oportunidad de acceder a una realidad mejor y más perfecta que la actual. Puede discutirse el peso social de esta creencia, y la racionalización que supone creer en un mejor mundo para consolar o hacer llevadera lo trágico de su existencia.
- El rito fúnebre acusa una solemnidad que dice relación con la relevancia del hecho que acompaña, a él generalmente se une el pesar: color, ritmo, gestos y actitudes.
- Es frecuente establecer una relación entre la vida y el futuro después de la muerte. El hecho se patentiza en las culturas primitivas con las vituallas y enseres que acompañan el rito fúnebre. En un contexto religioso la vinculación se establece en el concepto de mérito. La constante es que la realidad futura requiere aquí de una preparación.

El suicidio² es un tema que se vincula aún más trágicamente al morir; por él se decide un acercamiento voluntario a la muerte; se la desea viéndola como realidad querida, pero la fuerza que lleva al suicidio no es prioritariamente deseo de la muerte sino hastío de la vida; "... Yo veo que muchas gentes mueren porque estiman que la vida no vale la pena de ser vivida" (Íanus, A. 1959-149)

La muerte aparece como refugio de un vivir desolado. Enjuiciar al suicidio no es fácil. En ocasiones, con frivolidad e ingenuidad, se ve como un acto cobarde y falta de razonamiento, pero el decir radical y vitalmente; no a la vida, la emisión de ese juicio, requiere y supone un razonamiento en el que el juicio aparece como conclusión. No es unánime la opinión de los grandes pensadores sobre el suicidio; mayoritariamente lo rechazan por razones de índole

religiosa o meramente humanas: consideran importante la lucha y resistencia frente a una situación adversa. El pudor también acompaña al acto de morir; existen formas impúdicas de terminar con la existencia, cuando comprometo la seguridad, tranquilidad, o equilibrio psicológico o físico del otro. La referencia esencial al otro, mi interdependencia con él, tiñe con una especial negatividad al suicidio. No es frecuente impugnarlo desde esta dimensión comunitaria. Cuando decido morir, esta decisión afecta la existencia y destino de los otros.

Diferentes razones, o mejor aún falta de razones son las que hacen intolerable la vida, y pueden llevar a la idea del suicidio: "Morir voluntariamente supone que se ha reconocido incluso instintivamente, el carácter ridículo de esta costumbre, la ausencia de toda razón profunda de vivir, el carácter insensato de esta agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento" (Camus A. 1969: 2).

El carecer de sentido que haga llevadera y justifique la existencia; el percatarse de la insuficiencia de algunos sentidos, puede conducir a un juicio que establezca la inutilidad de esta vida: "Perder la vida es poca cosa y no me faltará el valor cuando sea necesario: Pero ver disiparse el sentido de esta vida desaparecer nuestra razón de existir, eso es insoportable. No puede vivir-se sin razón" (Camus A. 1959: 2).

Es el sentido que uno asigna a la vida lo que la hace justificable. La afirmación de Quereas, en la obra "Calígula" de Camus, tiene plena validez. El hombre requiere de una meta hacia la cual dirigir sus afanes; si esta finalidad se pierde, todo el acontecer humano carece de significación. Cuando se carece de motivos para vivir el hombre se hace extraño al mundo. Todo se torna indiferente o igualmente valedero.

Nietzsche justifica el suicidio por considerar que da la posibilidad de una postura decorosa en la existencia: el morir a tiempo. El suicidio otorgaría el privilegio de razonar y elegir el último momento.

Se debería, por amor a la vida, querer la muerte de otra manera, libre consciente, sin azar, sin sorpresa" (Nietzscle, 1980: 14).

No debemos acostumbrarnos a que otros mueran por decisión arbitraria o por odio. Conocer esta realidad y tomar postura ante ella, es una exigencia de honestidad personal y de fidelidad histórica. La muerte se ha hecho cotidiana e impertinente; sin pudor aparece en los caminos importunando el existir; este nuevo estilo en ella pone en brete a la existencia.

La muerte ha adquirido en nuestra época un carácter rutinario, no sorprendente. Se presenta cada día como un hecho más, no cuestionado ni cuestionante en su frecuencia y formas. Esta conformidad e indiferencia con que enfrentamos su aparecer, enfrena la vida, tiniéndola de complicidad y temor.

La característica del hombre de ser en el mundo y con el mundo, implica un compromiso y condicionamiento respecto de la situación concreta que le toca vivir. Cada tiempo produce un habitat determinado que da oportunidad o motivo a la reflexión. Si bien el intelectual no tiene como oficio dialogar sólo con lo contingente, no puede dejar de interpelarse por el acontecimiento histórico, más aún cuando éste toca problemáticas radicales del existir. Esto sucede en la actualidad con el tema que tratamos. En la coordenada espacio-tiempo, la muerte adquiere hoy una concreción específica, un lenguaje peculiar, una dramaticidad angustiante. Vivimos una cultura de la muerte, un ambiente de muerte. Su cotidianeidad y formas la han tornado más pavorosa. Todo ocurre en nuestra época como si el morir del hombre corriera a transformarse en un suceso cada vez más irrelevante, cada vez más insertado en los hechos cotidianos como uno de tantos" (Gandolfo R. 1983: 9).

A la arbitrariedad propia de la muerte, se ha sumado la arbitrariedad de quién decide en un momento dado, que un hombre debe morir. Las diferentes formas de terrorismo han establecido el pavoroso reinado de la muerte.

Breñosa vida la del hombre pues en ella la muerte aparece cruenta, brutal, injustificada, súbita, sorprendente. Ha perdido el recato y mesura de la muerte a tiempo; precedida por los años o la enfermedad.

Estamos viviendo un ambiente transido de muerte y necesitamos tanto enfrentar esta realidad como eludirla para que la vida se nos torne llevadera.

La morbosidad de la muerte en este tiempo se ha manifestado, entre otros aspectos, en su poder de venta. El periodista -preparado por profesión para narrar lo que aparece-ha hecho de la muerte un cimbel que produce. En nuestros días la muerte se establece con la connivencia de quienes deberían velar por la vida.

Nuestra época no nos invita a una reflexión serena sobre la muerte, más bien nos urge a vivir rápida y desenfrenadamente.

El tema, se esquiva con más facilidad que se afronta. Hay un cierto recato al tocarlo, una dilación al abordarlo, un eufemismo en la expresión.

“Estelle: Oh, estimado Señor, si por lo menos consintiera Ud. en no usar palabras tan crueles (muerte). Es... es chocante. Y al fin qué quiere decir eso? Quizá nunca hemos estado tan vivos. Si no hay más remedio que nombrar este... estado, de cosas propongo que nos llamemos ausentes...” (Sartre J. 1962: 19).

La muerte es demasiado radical e irreversible para tratarla sin ese tacto que constituye todo un ritual. El decir en relación a ella es por eso evasivo, analógico, pudoroso. Se dice “descansar”, “pasar a mejor vida”, “gozar de Dios”, “estar en el cielo”; las expresiones intentan quitar dramatismo al hecho.

Se evade el tema de la muerte entre otras cosas, porque enjuicia la existencia, porque es un tema serio y el hombre de nuestro tiempo quiere un buen pasar y no enfrentarse al conflicto, ni a la inquietud. En una época eminentemente masificada como la nuestra, quién cuestiona su existencia termina también cuestionando la realidad. Los hombres ingenuamente creen que al no pensar en la muerte pueden vivir dichosos. “No pudiendo curar la muerte, la miseria, la ignorancia, a los hombres se les ha ocurrido, para vivir dichosos, no pensar en ellas” (Pascal 1960:15).

Es explicable, aunque no justificable, esta actitud evasiva del hombre frente al tema. Lo ignoto produce temor y desconcierto.

“La forma más espontánea de protección contra lo inquietante es, verosimilmente el movimiento que consiste en elejarse e inclusive en huir”.

(Cazeneuve Jean 1971: 3).

La muerte aparece fecunda; llama a la reflexión; la hace posible. Permite el diálogo en torno a cuestiones esenciales para el hombre. Entrega la oportunidad de revisar la vida y cambiar su rumbo, si es necesario y aún factible. Da la posibilidad de enjuiciar nuestra relación con las cosas y personas. Frente a las cosas nos cuestiona deseos y posesiones desmesurados, mostrándonos con esto la necesidad de imprimir una línea ascética a la vida, pues si tenemos que dejarlo todo y del todo no será necesario comenzar a dejar o prescindir de cosas? La muerte muestra también lo limitado del hombre; concretamente destaca el límite de la libertad, lo evidencia: ésta es impotente ante la presencia de la muerte: no puede vencerla; no puede eludirla, no puede negarla. Acerca de una manera más comprometida al tiempo que nos toca vivir: la vida es tarea común que puede y debe ser mejorada. Nos coloca en forma diferente frente al otro, destacando la competencia que nos toca en su vida, recordándonos que está junto a nosotros por un tiempo limitado y preciso. Es liberadora de una vida a la que nunca nos ajustamos del todo; una vida que en ocasiones se vivencia vacía, dolorosa, aterrante.

La muerte es cercana, camina con nuestra vida, a su paso. Llegará en un tiempo que desconocemos, nuestro hacer queda irremediabilmente fijo con ella. Frente a su llegada resultará sorpresiva nuestra actitud. Ella puede ser de indifferencia, resignación, rebeldía, temor o esperanza.

NOTAS

(1) El término “numinoso” es creado por Rudolf Otto. Su connotación es más amplia que la de “mana” o “sagrado”. Sugiere un sentimiento originario, una impresión directa, una

reacción espontánea frente a una potencia que aparece como misteriosa. La característica propia de lo numinoso es su calidad de misterio. Los símbolos que despierten la angustia son experimentados como misterios y en este sentido se les puede llamar numinosos. Cazeneuve en su obra titulada "Sociología del rito", dice en relación al término: "...lo numinoso se revela por doquier como el principio incondicionado que amenaza el orden necesario para el establecimiento de una condición humana sin angustia... todo lo que se revela fuera de norma, así la sociedad como en el universo es una especie de epifanía de lo luminoso" (Cazeneuve J. 1971: 3).

(2) "No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: es el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena de ser vivida es contestar a la cuestión fundamental de la filosofía" (Camus A. 1969: 2).

BIBLIOGRAFIA

- ARISTÓTELES: Obras completas. - **Retórica** Cap. 13. Pag. 170, Editorial Aguilar, Madrid, 1964.
- CAMUS, Albert: Obras completas. - **El Mito de Sísifo**. Pag. 149, Editorial Aguilar, Madrid, 1959. - **Calígula**: Pág. 741. Editorial Aguilar. Madrid, 1959.
- CAZENUEVE Jeans: Sociología del rito: Pág. 42. Editores Amorrartu. Buenos Aires, 1971.
- CORAM: 4,80 - 50,18.
- DECHARDIN Teilhard: -**El fenómeno humano**. Pág. 372. Ediciones Taurus, Madrid, 1963. - **El Medio Divino**. Pág. 77. Editorial Taurus, Madrid, 1965.
- Eclesiastés: 7,2.
- Eclesiástico: 41, 1 - 2 - 38, 20 - 21.
- EURÍPEDES: Escritos
- GANDOLFO Rafael: - Revista Educación Médica UC. Nº 1.- **Apuntes sobre el sentido de la enfermedad y la muerte**. Pág. 44 1983
- JASPERS, Karl: - **La Filosofía**. Pag. 17 Editorial. Fondo de Cultura Económica. México, 1965.
- JOB: 3,19.

- KIERKEGAURD, Sorem: **Temor y Temblor**. Pág. 136. Editorial Losada. Buenos Aires, 1968.
- MARCEL, Gabriel: **Filosofía para un tiempo de crisis**. Pág. 173. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1971.
- NIETZSCHE: - **Crepúsculo de los ídolos**. Pág. 110. Editorial Alianza. Madrid, 1980. - **El Anticristo**. Pág. 30. Editorial Alianza, Madrid, 1981.
- PASCAL: **Pensamientos**. Pag. 160, Editorial Iberia, Barcelona, 1960.
- PIAPER, Josef: **Muerte e inmortalidad**. Pág. 135, Editorial Herder, Barcelona. 1972.
- PLATÓN: **Fedón**. 62 e.
- RAHNER, Karl: Escritos teológicos. Tomo IV. Pág. 441. **La vida de los muertos**. Ediciones Taurus. Madrid, 1961.
- SARTRE, Jean Paul: - **A puerta cerrada**. Pág. 87. Editorial Losada. Buenos Aires. 1962. - **La Nausea**: Pág. 98. Editorial Losada. Buenos Aires, 1959.
- SHAKESPEARE: Obras completas. - **Hamlet**. Pág. 1363. Editorial Aguilar, Madrid, 1951.
- SÉNECA: Obras completas. **Cartas a Lucilio**. Carta LXXVIII, Pág. 523. Editorial Aguilar. Madrid, 1943.
- UNAMUNO: - **Diario íntimo**. Pág. 198-199. Impresión Escelvier. S. A.Madrid, 1970.- Ensaíos Tomo II. **El Cristo Español**. Pág. 394. Editorial Aguilar, Madrid, 1964.